



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**La construcción de una identidad integrada en
personas adoptadas internacionalmente desde su
infancia hasta su adolescencia**

Autor/a: Elena Carrasco Barragán
Director/a: Elisa Hormaechea García

Madrid
2021/2022

Índice

1. Introducción	1
2. Modelo de apego	4
3. La construcción de la identidad	7
3.1 De 0 a 3 años.....	8
3.2 De 3 a 6 años.....	10
3.3 Latencia	12
3.4 Adolescencia	15
4. Discusión.....	19
5. Conclusiones.....	21
Primera a la tercera sesión	22
Tercera a la sexta sesión.....	22
Onceava a la treceava sesión.....	24
Catorceava a la dieciseisava sesión	25
6. Bibliografía.....	26

1. Introducción

A nivel legal la adopción en España se considera una medida de protección que garantiza que todo menor tenga derecho a crecer en una familia, como se establece en el artículo 52 de la Constitución Política (Boletín Oficial del Estado [BOE], 2007). La adopción Internacional, aunque también busca preservar este derecho, en el artículo 1.2 de la ley 54/2007 de Adopción Internacional, se incluye que el menor debe ser considerado adoptable por su país de origen para poder trasladarse y convivir con sus adoptantes (BOE, 2015). A su vez, también existe una perspectiva psicológica de la definición de la adopción. Aquí, el proceso de ser adoptado implica la ruptura de los vínculos con los padres biológicos y la vinculación con unas nuevas figuras de apego (Aramburu et al., 2018).

Según el Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social (2020) entre 2015 y 2019 hubo un total de 2.740 adopciones internacionales en España. A nivel mundial, España se sitúa en el segundo puesto con más adopciones internacionales (Requena, 2020), a pesar de que en los últimos años ha habido un descenso (Berástegui y Gómez, 2015). Esto es debido a un menor número de bebés adoptables, una mayor regulación en cuanto a quiénes se les considera la familia idónea y una evolución en la imagen de la adopción, donde se supera la utopía de salvadores y se aterriza en lo difícil que es el proceso (Berástegui y Gómez, 2015).

Antiguamente se mantenía en secreto la adopción debido a los prejuicios que estaban asociados, como el pensar que la pareja era infértil (Grotevant et al., 2000). Sin embargo, en el artículo 180.6 del Código Civil (BOE, 2015), se ha establecido como un derecho legal el conocer los propios orígenes a cualquier edad.

San Román (2013) define los orígenes como todo lo acontecido desde el nacimiento del menor, hasta la incorporación en la familia adoptiva, incluyendo su estancia previa en instituciones. Se han demostrado los beneficios que tienen para el menor que sus padres le vayan revelando gradualmente los datos de su pasado. Esto le permite construir una identidad sana, integrando la información de sus orígenes. El negar la

historia pasada del menor, y como consecuencia negar el trauma de haber sido abandonado, dificulta el duelo y la construcción de una identidad y un sentimiento de pertenencia (Requena, 2020). San Román (2013) utiliza la metáfora del punto y aparte. Señalando que la adopción no es ese signo de puntuación, sino uno seguido, pues el pasado no se borra, sigue presente e influye en la personalidad del niño. El negarle su experiencia pasada puede dividir su sentido de si mismo (Rius et al., 2011). Por el contrario, el contárselo generará un sentido de continuidad (San Román, 2013).

En el caso de las adopciones internacionales, donde existan diferencias raciales, las familias van a tener que hacer frente a la llamada “adopción visible” (Berástegui y Jódar, 2013, p. 44; Rius et al., 2014, p. 99). Estos padres tienen que enfrentarse a la irrefutable prueba de que su hijo es adoptado, debido a la diferencia racial existente entre ellos. Mientras que la diferencia de raza puede ser considerada un factor facilitador para la comunicación de los orígenes del niño, en el estudio de Berástegui y Jódar (2013), se comprobó que era un tema con el que los padres tenían dificultad.

El no hablar de ellas puede suponer, en edades más tempranas, el desarrollo de un pensamiento mágico, donde pueden considerar que sus diferencias son causa del rechazo (Requena, 2020). También puede suceder más adelante, que al vivir en una sociedad donde no predomina su raza, se genere una falta de sentimiento de pertenencia por la ausencia de figuras de referencia. De manera que podrían experimentar una posible confusión por no saber a qué parte de su herencia, si genética o social pertenecen (Ramsey y Mika, 2011), o la transición de discriminación positiva a racismo (Berástegui, 2005; Rius et al., 2011). Todos estos factores van influyendo en la formación de la identidad del niño.

Aunque la adultez sea el momento cúspide donde la reflejamos, esta se va construyendo desde nuestra infancia. Siendo la adolescencia uno de los momentos más relevantes. Por tanto, a lo largo del ciclo evolutivo, se irán enfrentando a distintas tareas que pondrán en cuestionamiento su identidad como adoptado (Berástegui, 2011). Dependiendo de su forma de afrontar estas situaciones, conseguirán desarrollar o no una identidad integrada y segura.

No obstante, diversos estudios indican que hay un mayor predominio tanto de adultos como de menores adoptados en centros de salud mental y con necesidades psicológicas (Barone et al., 2017; Pace et al., 2018; Requena, 2020). Esto nos indica que, en varios casos, esta construcción de la identidad no ha sido adaptativa.

Para evitar esto, distintos autores han señalado la importancia de la comunicación de los orígenes en todas las etapas evolutivas, adaptándolo en todo momento a la edad del menor, para proporcionar un sentido y continuidad a su identidad (Berástegui et al., 2016; Berástegui, 2011; Ruis et al., 2011). Sin embargo, el papel de los padres no se limita a esto, sino que su figura también sirve como reparadora ante los posibles traumas que su hijo haya podido sufrir antes de ser adoptado (Barone et al., 2017). La negligencia, la posibilidad de abusos o violencia en su familia biológica, el primer trauma de ser abandonado, el tiempo que haya estado institucionalizado, unos modelos internos negativos etc. son factores de riesgo para el desarrollo de la persona (Barone et al., 2017; Berástegui et al., 2016; Román y Palacios, 2011).

Por tanto, para la construcción de una identidad saludable se ha demostrado que el rol de los padres adoptivos es promover la continuidad de la identidad de sus hijos a través de la comunicación de sus orígenes y proporcionando cuidados sensibles, sistemáticos y seguros que ayuden a contrarrestar las adversidades experimentadas hasta el momento. De manera que, el nuevo miembro de la familia pueda aceptar e integrar su condición de adoptado (Barone et al., 2017; Corral et al., 2018; Pace et al., 2018).

Sin embargo, aunque en España la adopción es irrevocable (artículo 180 del Código Civil) (BOE, 2015), hay ocasiones en las que se producen rupturas entre los padres y sus hijos adoptivos. Estas se llaman pseudo-rupturas (Berástegui, 2017) y consisten en la renuncia de la responsabilidad del cuidado, ingresando a los menores en instituciones. Las pseudo-rupturas terminan siendo una repetición del primer trauma que sufrió el menor al ser dado en adopción (Berástegui, 2017).

Esta experiencia termina siendo un impedimento para el desarrollo de la identidad del menor, que suele desarrollar problemas de conducta que terminan exacerbándose en la adolescencia (Berástegui, 2017). Gracias a los recientes cursos obligatorios de formación, muchos padres cambian de idea o son más conscientes de su capacidad de, por ejemplo, aceptar un hijo que no comparta sus características raciales (Requena, 2020).

2. Modelo de apego

El apego es un sistema cuya función principal es garantizar la supervivencia del bebé a través de conductas de acercamiento hacia personas que puedan protegerle y satisfacer sus necesidades (Pitillas y Berástegui, 2018). De manera que este sistema se activa para que el bebé pueda mantener la proximidad con sus cuidadores. Sin embargo, dependiendo de cómo respondan los cuidadores, el bebé desarrollará un patrón distinto para comunicar sus necesidades y vincularse (Ainsworth, 1970 citado en Pitillas y Berástegui, 2018).

En el libro *Primeras Alianzas* (2018), los autores describen los distintos estilos de apego. Cuando los cuidadores han estado disponibles y han respondido de manera sistemática al bebé, este sabe expresar sus necesidades y busca el contacto con sus figuras de apego, sintiéndose seguro y aprendiendo a regularse emocionalmente (apego seguro).

Por el contrario, en el estilo de apego inseguro (apego ambivalente-resistente o evitador), hay una ausencia de un patrón de cuidados, es decir, sus progenitores han sido poco sensibles, inconsistentes etc. El primer patrón caracteriza a niños quienes, ante la separación de sus cuidadores, se desbordan a nivel emocional y en su retorno siguen sin poder regularse. A diferencia de esto, el segundo estilo es más propio de niños quienes no buscan la proximidad de su cuidador y como indica su nombre, lo evitan.

Cuando un niño no ha tenido sus necesidades cubiertas a una edad temprana y posteriormente ha sido institucionalizado al ser dado en adopción, podemos observar unos factores comunes: el sentimiento de no parecer importante y la creencia de volver a ser abandonado. Los niños que han pasado por un proceso de institucionalización son personas que han sufrido rupturas de apego y negligencia a edades muy tempranas (Barone et al., 2017). Se ha demostrado que los niños, para sobrevivir, se adaptan a las circunstancias en las que les ha tocado crecer, desarrollando estrategias de apego que compatibilicen con su cuidador principal (Pitillas y Berástegui, 2018), sean saludables o no.

En primer lugar, si las relaciones tempranas del menor son consistentemente frustrantes, de negligencia, de abuso etc. el mapa interno que formará el niño de sí mismo y del mundo será negativo (Pitillas y Berástegui, 2018). Desarrollando modelos internos donde se vea a sí mismo como una persona no merecedora de amor, y del resto de personas como distantes y frías (Corral et al., 2018; Pitillas y Berástegui, 2018). Aumentando su posible sentimiento de inseguridad en cuanto a sus relaciones y su posición en el mundo.

En segundo lugar, dentro de las instituciones, las altas ratio cuidador-niño o la falta de recursos, no es suficiente para proporcionar una experiencia similar a un vínculo de apego. Debido a la alta cifra de niños, la vinculación suele quedarse en el cumplimiento de las necesidades básicas, no pudiendo aportar un vínculo íntimo y estable (Barone et al., 2017; Román y Palacios, 2011). Esto tiene como consecuencia una falta del desarrollo socioemocional en los niños (Barone et al., 2017). Lionetti et al. (2014) encontraron que, debido a esta experiencia, un 82% de los niños institucionalizados de su muestra presentaban patrones de apego de estilo inseguro y desorganizado.

Debido a todos estos factores, la nueva relación con las nuevas figuras de apego termina teniendo un papel crucial en el proceso de recuperación en estos niños. Cuando a los niños con una imagen de sí mismos como deficiente e indignos de amor, se les introduce en un entorno donde se les ofrece una nueva oportunidad, no es de extrañar que a nivel inconsciente vuelvan a intentar confirmar sus modelos internos.

Esto es debido a que las expectativas que han ido formando durante sus primeros años de vida de un mundo no disponible ni atento a sus necesidades han configurado sus modelos internos, formando un mapa donde se interpretan las situaciones desde esas creencias (Pitillas y Berástegui, 2018).

Aramburu et al. (2018) presentan el caso práctico de Biel, un niño que, tras ser adoptado, muestra problemas de conducta. Después de varias sesiones con él, se termina confirmando la hipótesis de que a nivel inconsciente sus rabietas eran su forma de poner a prueba hasta qué punto aguantarían sus nuevos padres hasta terminar abandonándole. Estos mismos autores, también plantean la hipótesis de que los trastornos de conducta suelen estar al servicio de los mecanismos de apego. El comportarse mal, hace que el cuidador preste atención al niño y tenga que mantenerse cerca.

Como podemos observar, estas conductas, aunque a primera vista sean clasificadas como conductas inapropiadas, tienen un objetivo más profundo. Si los cuidadores sólo se quedan en la superficie, se pierde de vista la incapacidad del menor de realizar conductas más adecuadas y adaptativas debido a todas las frustraciones vividas antes de ser adoptado. Román y Palacios (2011) refuerzan esto comentando que estas posibles conductas, como de desconfianza, por ejemplo, pudieron ser adaptativas en las instituciones. Sin embargo, en su nuevo ambiente dejan de serlo.

Cuando se les introduce a un nuevo contexto, donde no se habla su misma lengua, hay una ausencia de figuras representativas, una cultura y manierismo diferente etc., no son una tabla rasa. Su historia pasada está grabada en ellos. Sus nuevas relaciones y la manera de interactuar con el mundo se verán mediadas por todas sus experiencias pasadas (Román y Palacios 2011). Sin embargo, el sistema de apego es lo suficientemente flexible para moldearse a la nueva situación (Aramburu et al., 2018 y Pitillas y Berástegui, 2018). Debido a esto, el rol de acompañamiento de los padres para ayudar a sus hijos a integrar todas sus experiencias pasadas y poder reconstruir su modelo operativo interno, es clave para una identidad sana. Es decir, que los padres les puedan ofrecer la oportunidad de construir de manera saludable una experiencia

integrada y de continuidad, donde se puedan sentir personas valiosas y queridas (Corral et al., 2018; Rodrigo y Olleros, 2016).

Estudios de Barone et al. (2017) demuestran que niños, tras un año de su proceso de adopción, mostraban unos índices de apego inseguro y desorganizado más bajos que los compañeros que seguían institucionalizados. Además, demostraron que el papel de contención de los nuevos padres (su capacidad de ser flexibles, coherentes y sistemáticos) era un factor de protección significativo.

A continuación, analizaremos a través de los distintos estadios evolutivos, los posibles retos y tareas que pueden surgir en la construcción de una identidad sana y el rol que tienen los padres adoptivos en el acompañamiento de su hijo.

3. La construcción de la identidad

Diversos autores han indicado que la base de una identidad sana es la construcción de una historia propia, de una imagen de si mismo integrada y estable a lo largo del tiempo (Berástegui 2011; Requena, 2020; Rodrigo y Olleros, 2016). Como se mencionó anteriormente, hay casos donde la comunicación de la historia pasada del niño no se hace hasta edades avanzadas de la niñez o la entrada a la adolescencia.

El no saber sus orígenes o que los pocos datos de los que disponga la persona estén disociados, tiene varias consecuencias negativas. Entre ellas, la falta de un sentimiento de identidad lo suficientemente estable como para construir un hilo conductor de su experiencia (Requena, 2020). Aunque algunos padres consideren que el hablar del abandono y de su experiencia pasada puede suponer un aumento del trauma, el entendimiento de su pasado permite al niño crecer y empezar a construirse desde unas bases sólidas (Berástegui, 2011). El conocimiento y el acompañamiento de los padres supone para el menor un factor de protección para superar el duelo (Rodrigo y Olleros, 2016). Sin embargo, este acompañamiento debe ser sensible al ciclo evolutivo del niño e ir introduciendo la información de manera gradual y acorde a su edad. No obstante, se ha demostrado que, si esta narración es abordada desde un lenguaje

positivo, respetuoso y de apertura, la noticia de su condición de adoptado será recibida con una mejor adaptación (Berástegui y Jódar, 2013; Rodrigo y Olleros, 2016).

Berástegui (2011) publicó una guía acerca de los puntos principales en toda comunicación de los orígenes. La autora señala que es importante mencionar todos los momentos del proceso, es decir, antes y después del encuentro entre los padres adoptivos y el hijo. Al igual que la historia pasada de los padres, es preciso hablar sobre el nacimiento del hijo y de su separación de su familia biológica. La clave en este paso es mantenerse en una posición neutral donde ni se desvalorice ni se transmitan mensajes contradictorios sobre la familia de origen, pues puede tener como consecuencia que el niño genere fantasías acerca de ella. Este punto de la conversación es de suma importancia para una construcción sana de la identidad, pues la inseguridad y el miedo al abandono quedarían irresueltos si no se abordase, siendo un factor de riesgo para su autoconcepto. A partir de este momento, se empieza con la unión de la familia, lo que significa para todos y los vínculos que se establecen. Es importante señalar que el crear este vínculo puede ser costoso y es necesario regular las posibles expectativas de la relación (Rius et al., 2011).

En el caso de las adopciones transraciales, a estas pautas se le añadiría la comunicación de las raíces culturales y las diferencias étnicas de los adoptantes. Ruis et al. (2011) mencionan que sería conveniente hacer referencia al país de origen, pudiéndolo señalar en el mapa, además de introducir pequeños elementos culturales. A su vez, se hace alusión a la importancia de hablar de las características raciales de su familia biológica, al igual que el enseñar fotos de personas de su mismo origen, de manera que el menor tenga una idea sobre su futuro desarrollo.

3.1 De 0 a 3 años

Los niños que han sido dados en adopción e institucionalizados a estas edades han experimentado la separación de sus figuras de apego antes de que se estableciese un vínculo seguro, donde pudiesen sentirse amados y protegidos (Rodrigo y Olleros, 2016).

No obstante, al nacer, ya estamos vinculados a nuestra madre biológica, pues durante la gestación, el bebé se acostumbra a su timbre de voz, a sus palpitaciones etc. (Rius et al., 2011). Por tanto, el niño es capaz de sentir la pérdida a nivel inconsciente. La separación tiene como consecuencia altos niveles de inseguridad y vulnerabilidad en su psique, quedando una herida primaria que puede condicionar sus relaciones futuras (Ruis et al., 2011). Además de provocar que las facultades de exploración o de confianza no se desarrollen de manera óptima (Requena, 2020). En la investigación de Rodrigo y Olleros (2016) se confirmó que, tras su institucionalización, niños de entre seis meses a cuatro años, desarrollaron un exceso de independencia o conductas ansiosas, renunciando a la autonomía y exploración.

Los padres que adoptan a infantes suelen comenzar el proceso de la comunicación de los orígenes entorno a los tres años, aunque el niño no entenderá el significado y su implicación hasta el comienzo de la latencia (Berástegui, 2011). Sin embargo, autores como Requena (2020), señalan que el proceso debería comenzar incluso antes. Aun así, en el estudio de Berástegui y Jódar (2013), se encontró que las familias con hijos adoptados menores de tres años todavía no habían empezado a hablar sobre el tema a esas edades.

Requena (2020) comenta que, aunque el proceso de comprensión sobre su condición de adoptado no empiece hasta más tarde, los bebés pueden llegar a comprender a nivel no verbal las diferencias entre sus padres y ellos, a pesar de no verbalizarlo. Rius et al. (2011) comentan el caso de un infante de 21 meses que acercando su brazo al de su madre observaba la diferencia entre la tonalidad de sus pieles. Volviendo a enfatizar que, a pesar de no entender la razón de la diferencia, pueden percibirla. Esta capacidad de discernir puede empezar a tener un efecto en su capacidad de sentimiento de pertenencia.

Sumado a esto, si se tiene en cuenta que los infantes son capaces de captar los estados emocionales de sus cuidadores (Requena, 2020), dependiendo de la respuesta emocional de su cuidador ante la percepción de las diferencias, el niño puede interiorizar un tipo de mensaje u otro. Pongamos el ejemplo de una familia que debido

a tener un hijo de Etiopía tiene que vivenciar situaciones racistas, lo que le supone sentimientos de miedo o vergüenza. Estas emociones pueden ser captadas por el bebé, y seguido a esto las puede integrar en su relación con su cuidador. Pudiendo llegar a interiorizar que algo relacionado con él no está bien.

Ruis et al. (2011) apoyan la idea de que niños pequeños son capaces de captar las diferencias entre sus padres adoptivos y ellos. Señalan que en pruebas proyectivas como El Dibujo de un Animal de J. Levy (1958), niños de dos años llegan a dibujar animales o personajes fantásticos híbridos. Reflejando una imagen de si mismos pertenecientes a dos orígenes distintos.

Teniendo en cuenta lo mencionado, el introducir el tema a edades más tempranas no solo resulta beneficioso para los hijos, sino también para los padres, pues les permite ir practicando y adecuando el discurso que querrán transmitir a sus hijos cuando estos sean más mayores (Requena, 2020; Rius et al., 2011). De manera que desde el principio se está normalizando el poder hablar de la familia de origen y se promueve un sentimiento de seguridad para preguntar en un futuro. El objetivo de ir introduciendo fotos de la primera vez que se conocieron o el presentar objetos de la vida pasada de su hijo, puede ayudar a mantener una actitud abierta, además de permitir la continuidad de la historia, manteniendo una identidad estable.

3.2 De 3 a 6 años

En esta etapa del ciclo evolutivo, nos adentramos en la fase anecdótica (Berástegui, 2011), es decir, los niños en este momento ven su adopción como un dato curioso que les hace destacar sobre el resto de sus compañeros.

Por tanto, a nivel intrapersonal, el empezar a comprender mejor que son adoptados les puede despertar curiosidad más que conflicto. Por el contrario, en sus relaciones interpersonales se puede empezar a generar un sentimiento de falta de pertenencia. Con esto me refiero al fenómeno de la discriminación positiva. Ruis et al. (2011) lo ejemplifican en un caso descrito por una madre que, por tener un hijo de otra raza,

recibió un trato especial en una panadería, la cual estaba llena de otros niños. Aunque en este caso sea un acontecimiento positivo, puede influir en que el niño se de cuenta de que es diferente al resto de las personas del contexto donde está creciendo. De manera que se está recordando constantemente su no pertenencia.

Como también comentábamos anteriormente, no solo es posible el experimentar discriminación positiva sino también negativa. En el estudio de Rodríguez y Berástegui (2018), el 17,7% de las familias con hijos menores de siete años ya habían sido testigos de experiencias de rechazo social hacia sus hijos. Los autores destacan sorprendidos el alto porcentaje de discriminación con hijos de edades tan pequeñas. Berástegui (2005) también comenta la posibilidad de que un niño adoptado que crece en un entorno cultural, racial y étnico distinto a donde nació, tendrá más dificultades de conciliar sus raíces con la cultura de su contexto actual. Provocando una mayor dificultad para integrar ambas vertientes sin sentir confusión de su pertenencia.

Hay que considerar que, en caso de haber vivido en una institución entre los tres y los seis años, los niños han tenido la oportunidad de insertarse y adecuarse a su cultura y lengua de origen (Berástegui, 2005). Por tanto, si son adoptados a estas edades, la inserción a una nueva cultura puede ser incluso más complicada, ya que tienen que aprender un nuevo idioma (Ramsey y Mika, 2011). Además, tras la adopción hay una pérdida de los elementos que pertenecían a su día a día. Aquello que formaba parte de su rutina, que a su vez era reconfortante y aportaba seguridad, desaparece (Ruis et al., 2011). Es preciso que los padres sean conscientes de esto y puedan ofrecerles objetos o comidas de su pasado para no provocar una desestabilización en su sentido del ser.

En estas edades al haber un mayor desarrollo de la comprensión, la comunicación también debe evolucionar. Haciendo referencia al primer axioma de la comunicación, es imposible no comunicar (Watzlawick et al., 2011). En caso de que los padres no aborden la diferencia racial, puede transmitir que es un tema del que no se puede hablar pues produce ansiedad o miedo (Rodrigo y Olleros, 2016). Entra en juego un doble vínculo, donde por un lado se transmite de manera verbal que se quiere al hijo a pesar de sus diferencias, pero, por otro lado, a nivel no verbal, cuando el niño hace

cualquier pregunta como por ejemplo, por qué tiene la tez diferente, la respuesta de los padres puede ser silencio e incomodidad.

Esta incertidumbre puede causar que el pensamiento mágico, propio de los niños de estas edades, vuelva a activar esos modelos operativos internos donde se plantee la posibilidad de que haya algo negativo en él, mermando la posibilidad de desarrollar un autoconcepto positivo. Por tanto, el objetivo sería que, desde la conversación con los padres, se vaya introduciendo la realidad del proceso, superando el pensamiento mágico (Requena, 2020).

En el caso de niños de entre tres y seis años, es recomendable el uso de narrativas que puedan representar la misma situación de su hijo, para que se pueda sentir comprendido. Tradicionalmente se recomiendan cuentos como *El patito feo* o *El libro de la selva* (Ruis et al., 2011).

3.3 Latencia

La latencia es el momento evolutivo donde los niños son capaces de comprender todo lo que implica ser adoptado. Berástegui (2011) divide esta fase en dos estadios. El primero lo nombra la “fase de la conciencia de pérdida” y el segundo la “fase de latencia” (p.21).

La primera fase transcurre desde los seis hasta los ocho años (Berástegui, 2011). En estos momentos, los niños son conscientes de la pérdida de su familia de origen y se generan dos emociones simultáneas, el miedo a volver a ser abandonado y la culpa. Pueden llegar a interpretar la separación de su madre biológica como un rechazo hacia su persona, creando una imagen negativa de si mismos (Rius et al., 2011). Es habitual que aumenten las preguntas acerca de su adopción y todo lo que implica.

La segunda fase, es la continuación de la primera (desde los ocho hasta los doce años) (Berástegui, 2011). Si hay una buena resolución de la primera, en esta fase se produce

una estabilización de su interés por su condición de adoptado y un incremento de la atención a otros factores ajenos al tema.

En este momento evolutivo, el 80% de las familias suelen haber abordado la adopción y el país de origen del menor. Sin embargo, solo un 43.1% de las familias con hijos de entre seis y nueve años, habían abordado las diferencias raciales entre ellos (Berástegui y Jódar, 2013). Esto es llamativo porque la integración de estas diferencias son clave para desarrollar una identidad sana.

En el libro *Identidades Asesinas* de Malouf (2012), se hace referencia a que nuestra identidad debería estar formada por diferentes conceptos. Si la identidad de una persona estuviese definida por uno solo, como el ser adoptado, esta se vería constantemente amenazada y todas las conductas de la persona tendrían como objetivo proteger este único cimiento.

Esta teoría, extrapolándola al caso de un niño adoptado, podría tener como consecuencia el experimentar un rechazo hacia aquellas personas que no pertenezcan a su grupo, solidificando un modelo interno negativo del resto. Además, debido a la necesidad inherente del ser humano de sentirnos parte de un grupo social, si su sentido de identidad se ve amenazado, por ejemplo, es cuestionado sobre por qué no se parece a sus padres, el niño inconscientemente puede exacerbar su necesidad de pertenencia al grupo étnico de sus padres y rechazar su cultura de origen.

Una identidad sana según Malouf (2012), sería un estado de reciprocidad donde la persona comparte e integra aquello que pertenece a su cultura de origen y lo que ha absorbido de otras. En el caso de un niño adoptado, estaría formada tanto por su cultura de origen, como por la de sus padres adoptivos. Es decir, el menor terminaría interiorizando y aceptando sus distintas pertenencias.

El argumento de Malouf (2012) también se puede aplicar a la “fase de la conciencia de pérdida” y a la “fase de latencia” descritas por Berástegui (2011). En la primera fase, como consecuencia del trauma, el concepto de ser adoptado cobra una importancia

superior al resto en la jerarquía de conceptos del niño. Sin embargo, si hay una buena resolución y el niño consigue integrar un autoconcepto con elementos de ambos lugares, se establece una identidad flexible que le permite tener otros intereses que le resulten más llamativos. De manera que no se quedaría definido únicamente por su identidad como adoptado.

Los padres en este momento tienen un papel de gran importancia, pues serán la vía por la cual los menores entren en contacto con su cultura de origen y les ayuden a integrar ambos orígenes de manera que no estén en conflicto. Si no se llegase a integrar esta diferencia, es probable que el niño tenga reacciones emocionales negativas cuando surja la temática y desarrolle un autoconcepto negativo (Ruis et al., 2011).

A pesar de su mayor comprensión, los padres deben seguir mediando la cantidad y la forma en la que comunican la información. Unas expectativas demasiado altas pueden tener como consecuencia un alto impacto psicológico en el niño, lo que puede producirle un mayor sentimiento de incertidumbre y confusión. Es posible que una de las reacciones sea la negación de sus propias características étnicas o raciales, como hemos mencionado anteriormente (Requena, 2020). Ruis et al. (2011) mencionan que este rechazo hacia las personas de su propia etnia también puede evolucionar a un rechazo propio, motivado por el miedo a que no se le incluya como parte de su familia adoptiva, por culpa de su diferencia racial.

A su vez, hay que tener en consideración que el periodo de latencia coincide con el comienzo de la escolarización. Esto es de gran relevancia pues puede suponer un factor de riesgo para su desarrollo en el colegio. Si los sentimientos causados por el trauma primario se interponen en esta etapa de su vida, es posible que afecte a su capacidad de atención, memoria y otras áreas cognitivas (Rodrigo y Olleros, 2016), afectando posiblemente a su rendimiento académico. De manera que no solo estará experimentando un cuestionamiento de su identidad, sino también un aumento de frustración a nivel escolar, donde su autoestima podría verse afectada al no seguir el ritmo del resto de sus compañeros. Otro factor que considerar es que, en estos

momentos, los niños están expuestos a los posibles comentarios que puedan hacer sus compañeros (Ruis et al., 2011), que vuelve a reforzar la idea de que la persona es diferente del resto.

Cabe mencionar que en el colegio se produce un proceso de socialización (Masià et al., 2016). Debido a la posibilidad de que el niño se guíe con un modelo operativo interno negativo de sí mismo, es probable que, durante la escolarización, el menor tenga problemas para relacionarse con sus iguales (Paniagua, 2018). En concreto, una de las problemáticas que surgen en este ciclo evolutivo en niños adoptados, es la dificultad del menor a integrarse en el contexto escolar y con sus compañeros (Berástegui, 2005).

3.4 Adolescencia

La etapa de la adolescencia supone la culminación del desarrollo de la identidad. En este momento evolutivo, el adolescente se enfrenta, según la teoría de Erickson (1968), a un logro de su identidad o a una confusión de rol (citado en Dunkel y Harbke, 2017). Berástegui (2011) lo etiqueta como la crisis adolescente. Cuando se llega a un logro de identidad, el adolescente tiene una percepción de continuidad. Es el momento donde hay una integración holística de la persona.

Sin embargo, con la llegada de la adolescencia, elementos que habían supuesto un conflicto en el pasado, como el sentimiento de pertenencia, vuelven a resurgir. Esto es consecuencia del comienzo de la crisis normativa de la adolescencia, en la que una de las tareas fundamentales es el desarrollo de una identidad propia. En este momento evolutivo se inicia una fase moratoria y se pone en duda lo conocido hasta el momento (Pàmols, 2020). Un ejemplo de esto sería el cambio de experimentar discriminación positiva a racismo. Cuando una persona adoptada que pertenece a una minoría étnica crece, hay una mayor posibilidad de vivir situaciones de rechazo social donde pueda ser señalado como inmigrante (Rodríguez y Berástegui, 2018; Ruis et al., 2011), atribuyéndole todos los prejuicios que conlleva la etiqueta. Ruis et al. (2011) señalan

que el experimentar actos de racismo puede suponerles no solo un sentimiento de exclusión, sino también de falta de seguridad e invalidación hacia su persona.

La confusión de rol en un adolescente adoptado puede generarse debido a estos sentimientos, que a su vez provocan alineación tanto en la cultura de sus padres adoptivos como en la de origen (Ramsey y Mika, 2011). La extrañeza a esta última comienza a surgir en esta etapa, pues los adolescentes suelen sentirse motivados a explorarla, a integrarse más en una comunidad donde predomine su misma etnia o a buscar información de sus padres biológicos (Grotevant et al., 2000; Ruis et al., 2011). Sin embargo, existe el riesgo de que se produzca un conflicto de alianzas en el adolescente al sentirse atraído por ambas culturas, pero sin poder identificarse plenamente con ninguna de ellas (Ramsey y Mika, 2011).

Sumado a esto, en la adolescencia empiezan a suceder los cambios físicos. En este momento entra la duda de: “¿cómo seré cuando termine de desarrollarme?” El no tener una persona cercana de referencia en la cual basarse, puede volver a desestabilizar su sentimiento de pertenencia (Ruis et al., 2011). Una solución a este conflicto es que, a pesar de tener diferencias raciales, si los padres resaltan las características intrínsecas comunes que tienen, como las experiencias compartidas, reforzará el sentimiento de pertenencia dentro de la familia (Ruis et al., 2011).

Por tanto, podemos observar como este proceso de exploración de su identidad étnica les hace ser conscientes de que, a pesar de poder compartir características raciales, a nivel cultural y forma de ser, son diferentes. Como consecuencia, el adolescente puede desarrollar una sensación de no ser suficiente ni para una etnia ni para otra. Generando un conflicto interno donde se forma la idea de que, tanto para sus padres biológicos como para su cultura de origen, él como persona no es suficiente (Ramsey y Mika, 2011). En varias ocasiones puede evolucionar a un rechazo de sus raíces y, por tanto, a una negación de un fragmento de su identidad, no permitiendo su completo desarrollo.

Steward y Baden (1995) crearon el Modelo de Identidad Cultural-Racial donde se analiza de manera independiente la identidad cultural y la racial de los adoptados transraciales. Estipulan que estos dos constructos pueden ser estudiados por separado pues a nivel racial la persona se puede identificar con un grupo, pero por la educación que ha recibido, puede sentirse perteneciente a otra cultura que no tiene por qué ser la correspondiente con su etnia (Ramsey y Mika, 2011).

En el eje de la identidad cultural, los adoptados con una identidad bicultural son aquellos que han combinado tanto su cultura de origen como la de sus padres. Dependiendo de la situación, son los suficientemente flexibles como para adecuarse a la que requiera el contexto. Ramsey y Mika (2011), comentan el caso de una adolescente adoptada que, al crecer en una zona de alta diversidad cultural y otros niños en su misma situación, su condición como adoptada no le suponía un conflicto. Aquí podemos observar como el tener apoyo social y el crecer en un entorno donde se genere una sensación de pertenencia, debido a un sentimiento de semejanza, puede suponer un factor de protección para la identidad. Retomando el libro de Malouf (2012), este grupo iría acorde a la definición del autor de una identidad sana. En el otro extremo del eje, estaría aquel grupo que no se identifica con ninguna cultura. Ejemplificando la confusión de rol descrita por Erickson (1968).

También cabe la posibilidad de que los adolescentes se identifiquen solo con una cultura, negando la otra. La persona que solo se identifica con su cultura de origen, pertenece a la categoría de Cultura Específica de Tipo I y el que solo se identifica con la cultura de sus padres adoptivos, de Tipo II. En ambos casos, Malouf (2012) señalaría que estos individuos han jerarquizado de manera tiránica una de sus identidades culturales, lo que supondría una inestabilidad para su identidad.

El primer caso se podría generar debido a experiencias negativas sistemáticas con la cultura de sus padres adoptivos, como las situaciones de racismo que hemos mencionado previamente. Al igual que la consciencia de la diferencia en estatus social causada por el racismo (Ramsey y Mika, 2011). Ambos ejemplos amplificarían el sentimiento de alineación y de aislamiento en la cultura predominante. Estos mismos

autores comentan la experiencia de una adolescente coreana adoptada por una familia estadounidense, que sus esfuerzos por ajustarse a la cultura asiática iban hasta el punto de negarse a usar cubertería y solo usar palillos.

La segunda categoría podría ser causada por la falta de representación de su cultura durante su desarrollo y, por ende, la identificación con la única cultura con la que ha estado en contacto, la de sus padres adoptivos. Ruis et al. (2011) exponen el caso de un hombre indio que cuando intentaba integrar sus raíces indias, se sentía como un impostor. Además, es probable que, en el encuentro con las personas de su comunidad étnica, la persona pueda ser criticada por no luchar por mantener sus raíces (Ramsey y Mika, 2011). Pudiendo causar más rechazo a identificarse dentro de este grupo.

En el eje de la identidad racial, aquellos que se identifican con ambas razas (origen y adoptados) entran en el subgrupo de biracial. Es probable que a lo largo de su crianza hayan estado expuestos a entornos donde había personas de ambos grupos raciales, generando una actitud de aceptación e integración de ambas partes (Baden y Steward, 2000). Por el contrario, están aquellos que no se sienten pertenecientes a ninguna raza en concreto (indiferenciados). Es probable que, en estos casos, la persona se identifique como parte de la raza humana, sin destacar ninguna pertenencia. De manera que adoptan una actitud donde no muestran preferencia por ninguna raza, dando una mayor importancia a las características intrínsecas de los individuos (Baden y Steward, 2000).

Seguido a esto, están aquellos que se describen de manera objetiva y no niegan las diferencias raciales existentes entre su contexto y él (Racialmente Específico de Tipo I). Este subgrupo sería aquel que ha llegado a una conciliación con esta diferencia y lo ha integrado de manera sana en su identidad, llegando a formar una identidad racial positiva (Berástegui, 2005).

Por otro lado, están aquellos que se identifican como pertenecientes a la raza de sus padres adoptivos (Tipo II). Un ejemplo de esto es un caso expuesto por Ramsey y Mika

(2011), en el cual una adolescente asiática se identificaba como caucásica. El negar de esta manera las características físicas objetivas puede ser perjudicial para el logro de la identidad. Esto es debido a que el negarlas puede causar una presión intrínseca en el menor para encajar en su familia o en el prototipo de persona caucásica (Steward y Baden, 1995). Ramsey y Mika (2011), también comentan el caso de otro de sus entrevistados que expresaba su necesidad de parecer más caucásico haciendo sus ojos más grandes.

En este modelo se puede apreciar cómo un adolescente puede llegar a integrar su identidad cultural y racial, llegando a formar una identidad saludable. El encontrar un punto de encuentro entre ambas culturas y el aceptar las diferencias raciales objetivamente existentes supone un punto de equilibrio para el adolescente. El negar las diferencias raciales o una parte de su cultura (la vinculada a sus raíces o a su educación), podría estar relacionado con una confusión de rol o una identidad rígida. En estos momentos, la familia adoptiva debería apoyar el proceso de exploración del adolescente y ofrecer recursos para que pueda resolver la crisis. La escucha activa por parte de los padres y un apoyo incondicional, es importante para que este se sienta apoyado y pueda terminar de construir su identidad (Berástegui, 2011; Berástegui y Rosser, 2017).

4. Discusión

A lo largo del trabajo se ha mostrado que, para construir una identidad sana, las personas adoptadas tienen la necesidad de comprender sus orígenes y de integrar que son adoptados, a la vez que crecen dentro de la cultura de sus padres adoptivos (Berástegui, 2011; Ramsey y Mika, 2011). Estas necesidades parecen indicar lo que se planteaba al comienzo del trabajo, es decir, la importancia de la comunicación de los orígenes para el desarrollo de una identidad sana. Una comunicación abierta parece ser un factor protector ante la desestabilización que puede generar todo el proceso de revelación a lo largo de las distintas etapas evolutivas (Berástegui, 2011; Rius et al., 2011; San Román, 2013). De manera que parece haber una relación entre una

comunicación abierta y la posibilidad de generar una narrativa de vida integrada (San Román, 2013).

Otra de las preguntas iniciales era la relación que podía existir entre el sentimiento de pertenencia y la construcción de una identidad sana. Al igual que cualquier otro ser humano, las personas adoptadas buscan el sentirse queridos y parte de un grupo social, a pesar de todas las adversidades vividas (Malouf, 2012; Pitillas y Berástegui, 2018). Hemos podido observar casos de personas adoptadas que sentían una falta de pertenencia debido a la ausencia de modelos a seguir o por situaciones de racismo y discriminación (Ramsey y Mika, 2011; Ruis et al. 2011; Steward y Baden, 1995). Esto podría ser un factor de riesgo, como indica Malouf (2012), para la construcción de una identidad sana. Sería muy interesante investigar cómo el aumento de un sentimiento de pertenencia en una persona adoptada puede influir en su bienestar psicológico.

En cuanto a las necesidades de los padres, estas suelen centrarse inconscientemente en paliar el primer trauma de su hijo, ofreciéndole un nuevo espacio donde pueda reparar su ruptura de apego y reconstruir sus modelos operativos internos. Aunque el objetivo de los padres siempre haya sido el mismo, recientemente se ha empezado a comunicar de manera más abierta los orígenes de los niños adoptados, en vez de ocultarlo por la falsa impresión de que se le protegerá de una repetición de la experiencia traumática. Este cambio se refleja en la implementación obligatoria de la comunicación de los orígenes en los cursos psicoeducativos de los programas de pre-adopción (Bergsund et al., 2018).

Por tanto, ante la hipótesis sobre la importancia del rol de los padres en la reparación de las heridas de apego de sus hijos, podemos observar como a través de la psicoeducación en los cursos de formación obligatorios (Requena, 2020) y de un acompañamiento cálido y consistente, los modelos operativos internos del niño pueden reconstruirse hacia una mirada más positiva de si mismo y del mundo. Permitiendo el desarrollo de una identidad menos dañada por los traumas experimentados (Barone et al., 2017; Berástegui et al., 2016; Pitillas y Berástegui,

2018). Así pues, el poder seguir ofreciendo apoyo a los padres parece ser clave para que tanto ellos como sus hijos vivan la mejor experiencia posible.

Sin embargo, como hemos visto a lo largo del trabajo es probable que, durante las etapas evolutivas de los niños, se produzcan cambios en el sistema (querer entender sus orígenes biológicos, la diferencia racial, la confusión étnica etc.), los cuales pueden provocar conflictos, sobretodo si hay una resistencia a este. Un ejemplo podría ser cuando un adolescente que, al estar más interesado en descubrir sobre su pasado, pregunta a sus padres adoptivos, pero estos responden con evasión o incluso culpabilizando al menor. Por ser un sistema y regirse por el principio de circularidad, la respuesta de los padres influirá en la del adolescente y viceversa. Este puede aceptar la pauta de no se debe hablar sobre el tema y retraerse o se puede producir una escalada de feedback positivo, con contestaciones o desafíos por parte del hijo adoptivo.

Esto resalta una de nuestras hipótesis, la cual manejaba la idea que, dependiendo del momento evolutivo, la familia tendrá que hacer frente a distintas tareas donde la adopción será uno de los temas centrales, y su resolución influirá en el desarrollo de su identidad (Berástegui, 2011).

5. Conclusiones

Muchos padres ante conductas disruptivas o comportamientos evasivos recurren a la terapia individual (Berástegui y Rosser, 2017), poniendo la puntuación de secuencia de hechos en el menor. Sin embargo, desde un enfoque sistémico, el problema no se define desde una causalidad unidireccional, sino que se debe entender desde una perspectiva relacional (Watzlawick et al., 2011).

Teniendo en consideración las relaciones establecidas en el apartado anterior (una comunicación abierta parece estar relacionada con una mejor integración de la identidad, un mayor sentimiento de pertenencia ayuda al desarrollo de una identidad

sana y la importancia del apoyo y la psico-educación a los padres), parece interesante como propuesta de intervención el trabajar estas variables en el caso ejemplificado anteriormente (una escalada de feedback positivo entre un adolescente adoptado y sus padres). Todo con el objetivo de reducir el conflicto y mejorar el bienestar psicológico de los miembros, a la vez que se trabaja en el desarrollo de una identidad integrada en el menor adoptado. Para ello, he decidido usar como guía la Terapia Familiar basada en el Apego para adolescentes entre 13 y 18 años (Diamond y Levy, 2014).

Primera a la tercera sesión

Durante las primeras sesiones se citaría a la familia al completo. En este caso serían los dos padres con su hijo adolescente. El objetivo principal sería crear un espacio donde cada uno de los miembros de la unidad pueda expresar cuál cree que es el problema. De manera que ellos mismos puedan ser conscientes de su propia puntuación de la secuencia de hechos. El terapeuta en estos momentos podría empezar a trabajar la circularidad, ayudando a que la familia pueda darse cuenta de la influencia que tiene cada uno en el problema. En estas sesiones, también sería interesante evaluar el nivel de apertura de la familia en cuanto a la adopción del hijo y comprobar la consistencia en las narraciones de los distintos miembros.

El objetivo final sería el poder establecer una meta común donde todos estén satisfechos. Siguiendo mi ejemplo, este objetivo podría ser que el ambiente familiar fuese menos conflictivo. En estos momentos de la terapia, es muy probable que todavía cada persona eche la culpa del conflicto a otra.

Tercera a la sexta sesión

En las siguientes sesiones citaríamos únicamente al adolescente. La razón de esto sería para construir primero una alianza terapéutica con él, para que se sienta cómodo abriéndose y no se sienta triangulado por el terapeuta y sus padres.

Como ya hemos mencionado anteriormente, el crecer en un entorno donde haya una sensación de diferencia, generará sentimientos de falta de pertenencia y vinculación.

Como consecuencia pudiendo fomentar reacciones depresivas o más exteriorizantes como la agresividad (Berástegui y Rosser, 2017; Friendlander, 1999). En este caso ejemplificado, esta sería nuestra primera hipótesis de trabajo por el momento.

Por tanto, se podría comenzar a explorar la identidad del adolescente como adoptado. Debido a que en las primeras sesiones ya hemos explorado de manera objetiva la información que conoce de sus orígenes, el objetivo en estas sería el conectar a nivel emocional con su narración. El experimentar en el aquí y en el ahora como le resuena (Berástegui y Rosser, 2017). Estos mismos autores resaltan que la importancia no reside en la veracidad de la historia, sino en la congruencia con su resonancia emocional. Ante esta exploración es posible que surjan temas como el aislamiento, el sentimiento de ser diferente, experiencias de racismo etc. Es importante el poder evaluar los recursos de los que dispone el adolescente para poder gestionar estas experiencias y sus emociones.

Un indicador de cambio se vería cuando el adolescente verbalizase sentirse dueño de su vida (locus de control interno), haya continuidad, proyecte una autoestima sana y tenga una mirada positiva hacia el futuro (Berástegui y Rosser, 2017). Esto se englobaría en desarrollar las bases de una identidad que no estuviese estancada en el concepto de adoptado, sino que desde la integración pueda continuar su desarrollo. Que este factor fuese parte de él, pero que no definiese su totalidad como persona.

Séptima a la décima sesión

En estas sesiones citaríamos solamente a los padres con el objetivo de explorar las familias de origen de cada uno de ellos (Diamond y Levy, 2014) y su vivencia en cuanto a la transición a la parentalidad adoptiva (Long et al., 2022). Al citarles solos, les estaríamos permitiendo un espacio donde pudiesen expresar experiencias suyas o creencias que ante su hijo se sentirían más reacios a comentar.

La finalidad de hablar de las familias de origen es que los padres puedan comprender cómo la forma en la que les criaron influye en cómo educan a su hijo. Este ejercicio de introspección también les ayuda a comprender cómo sus propias heridas de apego

filtran sus percepciones y su manera de actuar. Aquí estaríamos aplicando el segundo axioma de la comunicación humana (Watzlawick et al., 2011), es decir, ante este tipo de conflictos, no es tanto el contenido lo que los desata, sino la parte relacional.

Imaginemos que uno de los padres tiene un apego ansioso. Cada vez que su hijo adolescente le pregunte acerca de su familia biológica, se pueden activar sus propias heridas de apego, motivadas por unos padres negligentes en su propia infancia. Por tanto, su reacción de irritabilidad no responde a la pregunta en sí, sino a las dudas sobre si él o ella no es suficiente como fuente de amor y cariño para su hijo.

A partir de una comprensión de sus propias heridas pasadas, se puede empezar a hacer un trabajo psicoeducativo para ayudarles a saber acompañar a su hijo adoptivo en el proceso (normalizando la búsqueda de los padres biológicos, conectar más con la cultura etc.) (Grotevant, 2000). También sería importante el evaluar el subsistema conyugal, ya que cabe la posibilidad de que el síntoma no sea debido a la adopción, sino a problemas en este subsistema. Por tanto, no habría que descartar esta posible hipótesis.

El hablar de la transición a la parentalidad adoptiva es para que puedan conectar con la razón por la que se decidió empezar el proceso, invitando a las emociones. Desde sus expectativas, miedos, dificultades y retos que tuvieron que superar juntos, se intenta que se haga más fuerte la vinculación conyugal. Además de aprovechar sus narraciones para reflejar las posibles dificultades que su hijo haya podido experimentar, haciendo así un ejercicio de empatía.

Onceava a la treceava sesión

En estas sesiones, volveríamos a juntar a todo el sistema. Es probable que ya haya habido cambios en su forma de relacionarse, y es momento de hablar de ellos. Estas sesiones se focalizarían en fomentar un encuentro donde todos son conscientes de las necesidades y las heridas de cada uno. El poder escuchar al otro no desde una postura defensiva, sino entendiendo el para qué reaccionan de esa manera. Por tanto, el

objetivo en estas sesiones sería el mejorar el ambiente familiar (Diamond y Levy, 2014).

Catorceava a la dieciseisava sesión

El objetivo en estas sesiones sería seguir fortaleciendo la vinculación entre los padres y el hijo adoptivo. En este modelo, el foco estaría en mejorar las habilidades y competencias de la familia. Un ejemplo de esto podría ser seguir trabajando la empatía y la comunicación de la familia, de manera que haya una mejor resolución de conflictos. El acercamiento emocional fomentará un vínculo más positivo y un sentimiento de pertenencia, reduciendo la ansiedad de los padres y el sentimiento de incompreensión o aislamiento del hijo (Costa et al., 2020).

Como se ha indicado anteriormente, los cursos psicoeducativos y el apoyo hacia los padres son clave para una mejor vivencia. Por tanto, otra propuesta de intervención sería desde un enfoque ecológico. En vez de buscar un cambio en el contexto mediante la terapia familiar, se podría buscar un cambio de contexto tanto para los padres como para los hijos. En estas intervenciones, se estaría buscando una reconstrucción de las redes de apoyo de la familia.

En varias ocasiones los padres se han quejado de que el apoyo que se les ofrece no es suficiente como para poder adaptarse a la situación una vez han adoptado (Long et al., 2022). En la investigación de Atkinson y Gonet (2007), un total de 500 padres adoptivos expresaron su necesidad de ayuda y apoyo después de formar su nueva familia. Esta misma necesidad se ve reflejada en el estudio de Drozd et al. (2018), donde los padres que asistieron a un curso de pre-adopción se mostraban muy a favor de crear grupos donde padres que habían adoptado en el mismo periodo de tiempo se pudieran reunir para compartir sus experiencias. Una propuesta interesante sería el poder crear grupos de ayuda mutua donde padres adoptivos puedan compartir sus experiencias y ayudarse. En el estudio citado anteriormente, los padres dijeron que los grupos de ayuda mutua habían sido el recurso que más les había ayudado a superar el aislamiento y la falta de preparación.

Además, como hemos mencionado previamente, muchas personas adoptadas de diferentes edades tienen un mayor porcentaje de problemas de salud que sus compañeros no adoptados (Barone et al., 2017; Pace et al., 2018; Requena, 2020). Esto nos indica que la mayoría no llegan al logro de identidad explicado en el apartado de la adolescencia. Por tanto, sería interesante explorar cómo una ayuda externa a su círculo familiar podría funcionar. Ramsey y Mika (2011) señalan que, en Estados Unidos, adultos adoptados sirven como acompañantes y consultores para menores adoptados. De manera que se generan grupos de ayuda mutua donde las personas adoptadas pueden expresar sus inquietudes y cómo se sienten respecto a su identidad. Estos mismos autores, concluyeron que los adolescentes sí que encontraban un sentimiento de pertenencia y una sensación reconfortante cuando se encontraban en grupos donde había diversidad u otros niños que también eran adoptados.

En conclusión, una persona adoptada se encuentra cuestionando su identidad a lo largo de sus distintos momentos evolutivos. Para poder construirla de manera integrada y aceptar su condición de adoptado, debe explorar sus pertenencias a la vez que interactúa con sus distintos sistemas. A través de un trabajo sistémico o ecológico, se puede buscar fomentar el apoyo social, un sentimiento de pertenencia y el facilitar la construcción de una identidad sana e integrada en una persona adoptada.

6. Bibliografía

Aramburu, I., Pérez-Testor, C., Mirabent, V. y Mercadal, J. (2018) Construyendo un apego seguro: intervención familiar en un caso de adopción internacional. *La Revue du REDIF*, 10, 42-53.

Atkinson A., y Gonet P. (2007). Strengthening adoption practice, listening to adoptive families. *Child Welfare*, 86(2), 87–104.

Baden, A. L., y Steward, R. J. (2000). A framework for use with racially and culturally integrated families: The cultural-racial identity model as applied to transracial adoption. *Journal of Social Distress and the Homeless*, 9(4), 309-337.

Barone, L., Lionetti, F., y Green, J. (2017): A matter of attachment? How adoptive parents foster post-institutionalized children's social and emotional adjustment, *Attachment & Human Development*, DOI: 10.1080/14616734.2017.1306714

Berástegui, A. P. (2005). La adaptación familiar en adopción internacional: una muestra de adoptados mayores de tres años en la Comunidad de Madrid. *Consejo Económico y Social*.

Berástegui, A. P. (2011). Hablar de la adopción. *Padres y Maestros/Journal of Parents and Teachers*, 339, 18-22

Berástegui, A. P. (2017). El papel de los profesionales en la prevención de rupturas en adopción. The role of professionals in preventing adoption breaks. *Revista Clínica Contemporánea*, 8(e14), 1-10.

Berástegui, A. P., y Gómez, B. B. (2015) Adopción internacional: de dónde venimos, a dónde vamos. *Índice: Revista de Estadística y Sociedad*, (63), 35-37.

Berástegui, A. P., y Jódar, R. A. (2013). Comunicación sobre adopción: logros y lagunas en la adopción internacional en España. *Familia: Revista de ciencias y orientación familiar*, (46), 43.

Berástegui, A. P., y Rosser, A. (2017). Historias personales, narrativas y vinculación en adolescentes adoptados. En Loizaga, F., *Adopción en la adolescencia y juventud* (pp. 235- 254). Mensajero.

Bergsund, H. B., Drozd, F., Hansen, M. B., y Jacobsen, H. (2018). Pre-adoption training: Experiences and recommendations from adoptive parents and course trainers. *Children and Youth Services Review*, 95, 282–289.
<https://doi.org/10.1016/j.childyouth.2018.11.008>

Constitución española. BOE, Art. 52, de 29 de diciembre de 1978.

Corral, S. G., Urrutia, E. C., Sanz, M. V., Cormenzana, S. R., Ochoa de Alda, I., y Martínez-Pampliega, A. (2018) Bases para la intervención con padres y madres adoptantes. Construyendo relaciones familiares basadas en el apego. *La Revue du REDIF*, 10, 32-41.

Costa, I., Barbosa, D. M., Palacios, J., y Soares, J. (2020). Predictors of parenting stress in portuguese adolescents' adoptive parents. *Child & Family Social Work*, 25, 178–187. <https://doi.org/10.1111/cfs.12756>

Diamond, G. y Levy, S. (2014) Attachment-Based Family Therapy En Kilburn R. M., Cannon J. S., Mattox T. y Shaw R., Programs That Work, from the Promising Practices Network on Children, Families and Communities. *RAND Tool*.

Drozd, F., Bergsund, H. B., Hammerstrøm, K. T., Hansen, M. B., y Jacobsen, H. (2018). A Systematic Review of Courses, Training, and Interventions for Adoptive Parents. *Journal of Child & Family Studies*, 27(2), 339–354. <https://doi.org/10.1007/s10826-017-0901-7>

Dunkel, C., y Harbke, C. (2017). A Review of Measures of Erikson's Stages of Psychosocial Development: Evidence for a General Factor. *Journal of Adult Development*, 24(1), 58–76. <https://doi.org/10.1007/s10804-016-9247-4>

Friedlander, M. L. (1999). Ethnic identity development of internationally adopted children and adolescents: Implications for family therapists. *Journal of marital and family therapy*, 25(1), 43-60.

Grotevant, H. D., Dunbar, N., Kohler, J. K., y Lash Esau, A. M. (2000). Adoptive Identity: How Contexts Within and Beyond the Family Shape Developmental Pathways. *Family Relations*, 49(4), 379–387. <https://doi.org/10.1111/j.1741-3729.2000.00379.x>

Pace, C. S., Di Folco, S., y Guerriero, V. (2018). Late-adoptions in adolescence: Can attachment and emotion regulation influence behaviour problems? A controlled study

using a moderation approach. *Clinical Psychology & Psychotherapy*, 25(2), 250–262.
<https://doi.org/10.1002/cpp.2158>

Pàmols, C. F. (2020). Identidad, juventud y crisis: el concepto de crisis en las teorías sobre la juventud. *RES. Revista Española de Sociología*, 29(3), 11-26.

Ley 54/2007, de 28 de diciembre, de Adopción internacional, BOE, núm. 312, de 29 de diciembre de 2007. <https://www.boe.es/eli/es/l/2007/12/28/54/con>

Lionetti, F. (2014). What promotes secure attachment in early adoption? The protective roles of infants' temperament and adoptive parents' attachment. *Attachment & Human Development*, 16(6), 573–589.
<https://doi.org/10.1080/14616734.2014.959028>

Long, T., Jones, C., Jomeen, J., y Martin, C. R. (2022). Transition to Adoptive Parenthood: A Concept Analysis. *Community Practitioner*, 95(1), 44–47.

Malouf, A. (2012). *Identidades asesinas*. Alianza editorial.

Masià, C. N., Blanxart, M. F., y Roqué, A. C. (2016). *Soy adulto, soy adoptado: vivir la adopción después de los 18 años*. Ediciones Octaedro.

Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social (2020, noviembre) *Estadísticas de adopción internacional años 2015-2019*.
https://www.mscbs.gob.es/ssi/familiasInfancia/Infancia/adopciones/adopInternacional/pdf_nuevos/2019_ESTADISTICAS_datos_2015_2019.pdf

Paniagua, C. E. I., (2018). La adopción en España: contextos de desarrollo, ajuste y rupturas. [Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla]
<https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/81275/Tesis%20Carmen%20Paniagua%20Acceso%20Cerrado.pdf>

Pitillas, C. S., y Berástegui, A. P. (2018). *Primera alianza: fortalecer y reparar los vínculos tempranos*. Gedisa.

Ramsey, P. G., y Mika, K. (2011). Identities of transracial adoptees: Outsiders looking in? *Anales de psicología*, 27(3), 611-624

Real Decreto. Art. 180, BOE, de núm.206, de 25 de julio de 1889
[https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/\(1\)/con](https://www.boe.es/eli/es/rd/1889/07/24/(1)/con)

Requena, E. V. (2020). Necesidades específicas en la adopción: el trabajo de los orígenes en niños de 0 a 3 años de edad. *Educación social: revista de intervención socioeducativa*, 74, 37-53.

Rius, M., Beà, N., Ontiveros, C., Ruiz, M.J. y Torras, E. (2011). *Adopción e identidades*. Octaedro.

Rodrigo, L. B., y Olleros, T. M. (2016). *Guía cuando la familia no está*. Grupo de Comunicación Loyola. Jesuitas sociales. Área de menores y jóvenes.
<https://repositorio.comillas.edu/xmlui/handle/11531/22708>

Román, M., y Palacios, J. (2011). Separación, pérdida y nuevas vinculaciones: el apego en la adopción. *Acción psicológica*, 8(2), 99-111

San Román, B. S. (2013). De los " hijos del corazón" a los "niños abandonados": construcción de " los orígenes" en la adopción en España. *Papeles del psicólogo*, 34(1), 2-10.

Steward, R. J., y Baden, A. L. (1995). The Cultural-Racial Identity Model: Understanding the Racial Identity and Cultural Identity Development of Transracial Adoptees.

Watzlawick, P., Bavelas, J. B., y Jackson, D. D. (2011). *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*. Herder.